

Arte Chileno en Estados Unidos

Por Waldemar Sommer

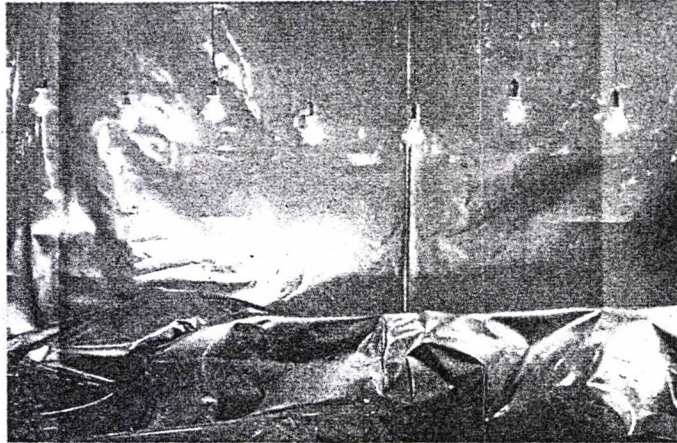
● "Muy importante es el conjunto de obras que nos representa, a corta distancia geográfica de Manhattan, en la Rutgers University de New Jersey. Es, acaso, la mejor exposición colectiva de artes visuales contemporáneas que ha salido del país", asegura el crítico.

El arte iberoamericano parece haber despertado, por fin, el interés de Estados Unidos. Dentro de esa nueva perspectiva, Chile comienza a tener su lugar. En manos de todos nosotros está el que ese sitio sea destacado. Lo principal, méritos artísticos, no falta. Tampoco han dejado de presentarse oportunidades de exhibir durante el último tiempo. Sin embargo, no siempre los envíos nuestros al extranjero se caracterizaron por el rigor o por la representatividad adecuada en el difícil momento de elegir. Al respecto, debe tenerse en cuenta que la producción de todo artista ofrece naturales altibajos y que el éxito mercantil o el enrolamiento ideológico constituyen aspectos extraplásticos.

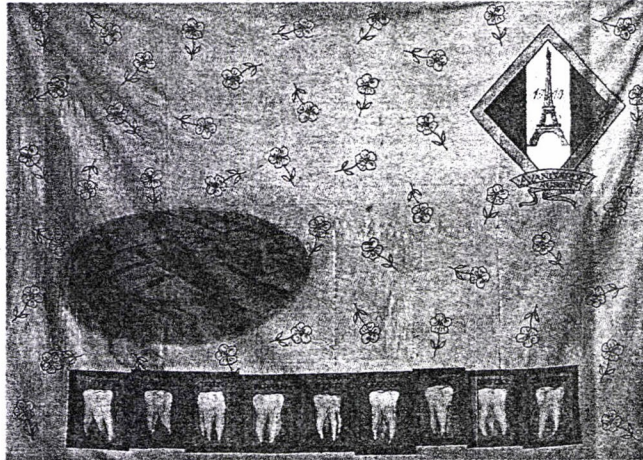
Actualmente, autores chilenos exponen, en diversa proporción, dentro del amplio espacio neoyorquino. De ese modo, un grupo pequeño en extremo —nada más que cuatro personas— hace notar su presencia en el Museo de Arte Moderno. Muchísimo más importante resulta el conjunto que nos representa, a corta distancia geográfica de Manhattan, en la Rutgers University de New Jersey. Es, acaso, la mejor exposición colectiva de artes visuales contemporáneas que ha salido del país. Su realización, en especial, se la debemos al buen ojo de la crítica neoyorquina Julie P. Herzberg, curadora de la exhibición, y a la eficacia de Ana María Palma, nuestra agregada cultural en las Naciones Unidas.

Como tantas universidades estadounidenses, el entorno de Rutgers no puede resultar más placentero: un inmenso bosque junto a las aguas quietas de un río, edificios de ladrillo rojo de unitario estilo tradicional norteamericano. Pero mayor interés posee el hecho de que la universidad cuenta con su propio museo —Jane Voorhees Zimmerli Art Museum—. Si en él no escasean obras valiosas de diferentes épocas —Miró, Matta, por ejemplo—, además posee recintos espléndidos para exhibiciones. Fuera de ocupar nuestra embajada artística la totalidad de estos espacios, hasta invade una porción del museo. En todo caso, el par de autores nuestros que lo hace —Gewolb y Duclos— sale muy bien parado del peligroso cotejo.

Las creaciones nacionales, que hoy día se muestran en Rutgers, se presentarán después en Pennsylvania —Universidad Lehigh de Bethlehem—, Puerto Rico —Museo de Arte Contemporáneo de San Juan—, Manhattan —la Kenkelaba Gallery de New York City—, Providence —Escuela de Diseño de Rhode Island—, Florida —Museo de la Universidad de Tampa—, para terminar su recorrido en el santiaguino Museo Nacional de Bellas Artes. Ellas resultan conocidas del público chileno. No obstante, algunas constituyen desarrollos o reediciones de trabajos anteriores, realizados por sus propios autores. Como obras de arte verdaderas, todas ostentan la riqueza de contenido suficiente como para permitir múltiples lecturas. Limitarlas nada más que a una interpretación política, por ejemplo, significaría empujar a la amplitud de su proyección formal expansiva. El historial de la cultura nos ofrece tantos paradigmas de ello. Desde luego, el conjunto visitante pertenece a un período bien definido de nuestra historia: de 1982 en adelante. Pero la madurez actual de las artes visuales en Chile —iniciada hacia los finales de la década del 60 y continuada de una manera ininterrompida hasta ahora— obliga, más que nada, a detenerse en el presente y a mirar al futuro. Pecaría de romántico el encerrarse dentro de un memorial nostálgico.



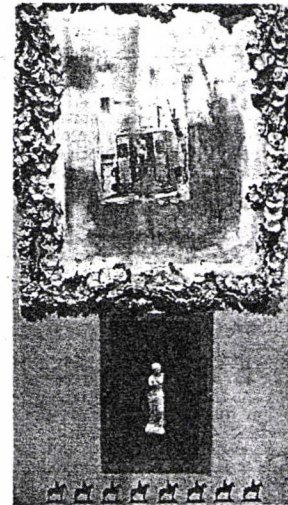
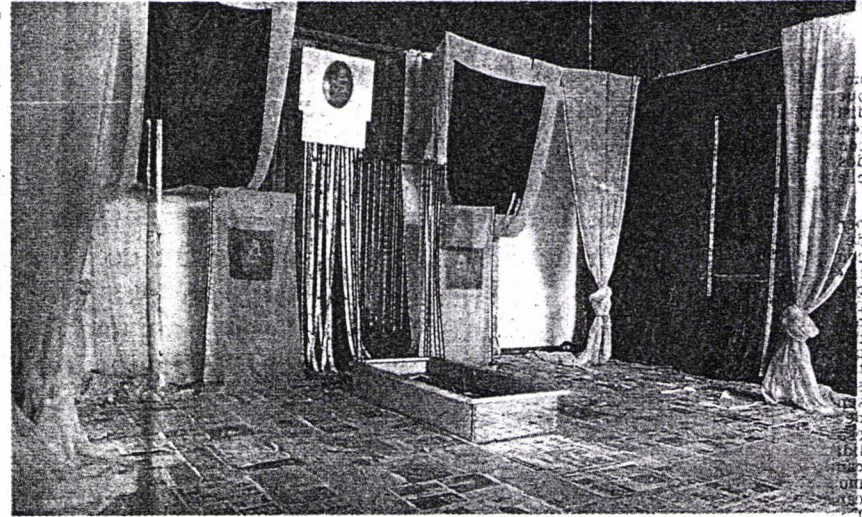
Brugnoti: "Paisaje II", 1983.



Duclos: "Russian Avantgarde", 1989.

Un recinto espacioso, abovedado y clasista alberga, a través de un muy adecuado montaje, buena parte de la exhibición chilena. Las fotoemulsiones, con intervenciones de óleo, de Enrique Zamudio reciben al visitante. Dos presidentes de Chile y un edificio institucional nuestro conforman sus personajes. La abstención cromática y las figuras esfumadas enfocan el pasado histórico desde una perspectiva de sueños. Continuando por la derecha de la gran sala, el retablo volumétrico de Juan Pablo Langlois Vicuña rescata, con piedad dolida e ímpetu trá-

Gewolb:
"Entregue
la oreja",
1992.



Altamirano: "Pintor de Domingo", 1989-90, panel 2.

gico, una extinguida raza aborigen nuestra. Su potencia visual no halla eco, sin embargo, en el expositor que sigue, Eduardo Garreaud. Sus telas multicolores con imágenes fragmentadas surgen una piza decorativas, carentes de la coherencia temática y de la reciedumbre de notables trabajos anteriores suyos. Una parecida merma cualitativa, en comparación con sus colegas y compatriotas, deja ver, justo en medio del salón, la instalación con zapatos desechados de Claudio Bertoni. Cierta monotonía y obviedad conceptual impregna esta obra, cuya coloa-

ración global se confunde, perjudicialmente, con el piso alfombrado del museo universitario. Por fortuna, algo muy distinto ocurre con la instalación que se sitúa en pleno ábside del recinto. Se trata del "paisaje" reconstruido de Francisco Brugnoti. Pleno de ironía, bajo vulgares ampolletas eléctricas, convierte un minimalista hacinamiento de materiales de desecho en masas brillantes y rosadas, encarnación probable de una utopía fútil y de consecuencias dolorosas. A continuación, por la izquierda de la sala, las líneas aceradas, los rojos austeros y sanguinolentos de Roser Bru vuelcan las efigies míticas de Kafka, de Gabriela Mistral. Un segundo piso comunica con el ámbito principal y conforma una pequeña galería. Allí exhibe solo Carlos Altamirano. Su políptico proviene de un conjunto que mostró hace poco tiempo en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes. Bastante más conciso ahora, su reedición se vuelve, en Rutgers, un impacto visual por intermedio de una imaginaria personal y exuberante.

Más adelante, la embajada cultural chilena se extiende hacia otra planta del edificio. Así, la instalación de Nancy Gewolb y las pinturas de Arturo Duclos se atreven a penetrar espacios de la colección permanente de la universidad. Si aquí Duclos se hace admirar por su original verba de emblemas y signos llenos de ambigüedad figurativa, Gewolb logra sobrecoger al espectador mediante un poderoso catafalco, desarrollo estupendo de "Entregue la oreja", la creación suya más reciente.

Dos salas contiguas contienen el resto de la exposición. En la primera, Paz Errázuriz, con honda commiseración, nos descubre el mundo del boxeo individualizado, de las enfermas de un hospital psiquiátrico, de los travestidos. Creemos, no obstante, que la selección habría ganado en unidad y efecto de haberse preferido la serie completa de boxeadores, uno de los mejores aportes fotográficos de Errázuriz. Un artista que se beneficia en gran medida con la supresión de barroquismos de un trabajo más antiguo resulta Gonzalo Díaz. En Estados Unidos, sus trípticos de "Banco de Pruebas" hablan por sí solos y no necesitan de mayores explicaciones narrativas. El observador es quien se enriquece al interpretarlo. En la instalación, ampliamente dominada por el video, de Lotty Rosenfeld completa el conjunto de arte nacional. La concisión y el estricto desarrollo temporal permiten desplegar a la artista la limpidez formal de sus visiones.